

# El accidente

Trataré de fiel a los hechos. Según me contaron, el accidente fue a las cinco de la madrugada. A esa hora de la mañana la ruta estaba húmeda y vacía. En el auto había cuatro hombres corpulentos que venían de pasar la noche en el Gran Casino. Ninguno había ganado nada. Eran todos unos perdedores. Uno de ellos se llamaba Edwin Talaverano; del resto de los ocupantes desconozco sus nombres. Aunque sea no los pronunciaron cuando me relataron esta trágica historia.

El otro vehículo -un Ford F100 según el orador, pero yo creo que se confunde, creo que era una Ford Rural- estaba ocupado por tres personas. Ellos no venían de jugar a las cartas ni de beber durante toda la noche. Jamás apostaban, ni jugaban, ni bebían. Ahora recuerdo que tiempo después alguien me dijo que el apellido de ellos era Luz. Era. La familia Luz: Pedro, María y la niña Esperanza -María Esperanza, por supuesto-. Esperanza también murió. Todos murieron. Como les decía antes, ellos no venían ni de jugar a las cartas, ni de beber, ni de putanear, ni de nada. Venían de hacer algo peor: venían de la Iglesia.

Antes de que todos murieran, Talaverano detuvo el Renault 9 en una estación de servicio: una de esas que hay que esquivar para no morir. “Che, ¡despiértense! Paremos un toque acá, quiero tomar un café para despabilarme. Estas estaciones de servicio no las entiendo. ¡Están en el medio de la ruta! ¡Mirá, si no doblo me la llevo puesta y explota todo! No entiendo ni siquiera cómo permiten que las construyan. Cuando las están haciendo, ¿no se detienen un segundo los señores para decir?: *Che, ¿no se nos estará yendo la mano con esto de poner una estación de servicio en el medio de la ruta para inducir a la gente a parar y...?* Están todos dormidos estos borrachos”. Y siguieron dormidos, nomás.

Según el hombre que me contó la historia, Pedro Luz era un devoto del Señor; María Luz una fiel ama de casa; y Esperanza, como no podía ser de otra

manera, el fruto de tanta devoción y fidelidad. Pareciera ser que la familia Luz tenía un juego: cuando viajaban por la ruta los tres juntos solían cantar salmos de la Biblia para que Pedro no se durmiera y así no se mataran todos juntos. Quizá cantaron el siguiente salmo:

*“Ten compasión de mi, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones.*

*Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado.*

*Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado.*

*Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos, por eso, tu sentencia es justa, y tu juicio irreprochable”.*

Cuando Pedro Luz terminó de tararear “tu sentencia es justa, y tu juicio irreprochable”, escuchó ese *clic* que hace tiempo anhelaba. Finalmente descubrió su lugar en el mundo. Y así hizo. Giró bruscamente el volante hacia la izquierda y la Ford F100 o la Ford Rural se estrelló de lleno contra el desvenado Renault 9. Al chocar de frente, la niña Esperanza -quien no tenía puesto el cinturón de seguridad- atravesó el parabrisas y terminó incrustada en la señal de tránsito que decía *Alto*. María hizo el amor por segunda vez en su vida: la palanca de cambios terminó clavada en su vagina. Pedro Luz murió al instante con el volante reemplazando a sus órganos vitales. Sin embargo, Pedro Luz fue un hombre privilegiado: uno de los pocos de este mundo que pudo decidir y presenciar su muerte.

Cómo murieron los ocupantes del Renault 9, el relator de esta historia, de este accidente, es un hecho que desconoce. Tan sólo antes de irse me miró y me dijo: “Edwin Talaverano, tu no eres el responsable de tanta muerte”. Me dijo eso pero no lo vi irse. Me quedé postrado, observando mis piernas ausentes.

Buenos Aires, noviembre de 2007